

La subjetividad no es un dato, no es una fórmula, no es un algoritmo. Es la marca de la falta, del equívoco, del deseo que nunca se cierra sobre sí mismo.

En los últimos años, la expansión de la inteligencia artificial ha transformado nuestra manera de interactuar con el conocimiento, el lenguaje y el mundo. La posibilidad de que una máquina responda de inmediato, aparentemente sin titubeos, sin errores y con una coherencia formal impresionante, nos enfrenta a una pregunta fundamental desde el psicoanálisis: ¿Qué ocurre con la constitución del sujeto en un mundo donde el Otro pareciera estar despojado de falta? Desde el psicoanálisis sabemos que el sujeto no es algo dado ni preexistente, sino que se constituye en la relación con el Otro, un Otro que es inconsistente, falible, barrado. La subjetividad surge precisamente en ese intersticio, en el juego entre la falta y el deseo, en el equívoco del lenguaje. Pero, ¿qué sucede cuando la inteligencia artificial se erige como un Otro¹ omnisciente, aparentemente completo?

Freud plantea que el psiquismo se organiza en torno a tensiones y conflictos, donde el deseo se orienta hacia objetos que nunca satisfacen plenamente. En *Más allá del principio de placer* (1920) y *El malestar en la cultura* (1930), señala que la vida psíquica se encuentra en una búsqueda constante, tensionada entre la pulsión y las restricciones impuestas por la cultura. Más adelante, Lacan (1964) retoma estas ideas para formalizar la noción de la falta estructural, planteando que el sujeto se constituye en relación con un Otro que también es incompleto, barrado, y que el deseo se sostiene precisamente en lo inaccesible. Sin embargo, si bien la IA presenta algunas fallas, pareciera ser una entidad capaz de responderlo todo, de predecir lo que queremos antes de que lo sepamos. Su lógica es la de la inmediatez, la de la supresión de la incertidumbre. Si el sujeto se constituye en la relación con un Otro que también desea y que también falla, ¿qué efectos tiene en el psiquismo interactuar con un Otro que no se equivoca (o que si lo hace, aprende rápidamente de su error), que responde de manera inmediata y que anticipa nuestras elecciones?

La inteligencia artificial no solo media nuestras interacciones, sino que también transforma nuestra relación con el saber. Tradicionalmente, el saber se construye en un recorrido, en una falta que impulsa la búsqueda de respuestas. Pero cuando la información está disponible de manera inmediata y organizada, el proceso de apropiación del conocimiento cambia radicalmente. La IA nos enfrenta a un Otro que parece saberlo todo,

¹ En la teoría psicoanalítica, el "Otro" (con mayúscula) hace referencia a una instancia simbólica que estructura la subjetividad, mediando la relación del sujeto con el lenguaje, la ley y el deseo. En este texto, se menciona la IA como un supuesto "Otro" del saber en tanto aparece como una fuente de respuestas y conocimiento, aunque carece de las dimensiones simbólicas, deseantes y faltantes que caracterizan al Otro humano.

desdibujando el espacio de la pregunta, de la incertidumbre, de la posibilidad de no saber. Como señala Freud en "El porvenir de una ilusión" (1927), el ser humano tiene una tendencia estructural a buscar certezas que lo protejan de la angustia del no saber. La IA se inscribe en esta lógica, pero al hacerlo, también clausura el lugar del deseo, que justamente se sostiene en la falta.

En el proceso de constitución subjetiva, el Otro no es solo quien da respuestas, sino también quien habilita el malentendido, la falta de certeza, el equívoco. La subjetividad emerge en ese espacio de ambigüedad, donde el sujeto debe interpretar, atribuir sentido, construir su propia relación con el deseo. Sin embargo, la inteligencia artificial nos ofrece un Otro casi sin vacilaciones, sin ambigüedad, sin silencio. La pregunta entonces es: ¿qué tipo de subjetividades estamos construyendo en un mundo donde el Otro ya casi no falla, ya no duda y ya no desea?

Desde nuestro rol, el desafío ético que nos plantea la inteligencia artificial es inmenso. Si nuestra práctica clínica y teórica se sostiene en la escucha, en la apertura a lo inesperado, en la producción de sentido a partir del malentendido, ¿qué ocurre cuando el discurso dominante se rige por respuestas preconfiguradas y casi sin falta? ¿Cómo seguir sosteniendo el lugar del sujeto en una era donde la certeza parece imponerse sobre la pregunta? Si el deseo es lo que nos constituye como sujetos, ¿qué lugar queda para el deseo en un mundo donde las respuestas nos llegan antes incluso de formular la pregunta?

Referencias bibliográficas:

- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En Obras completas (Vol. XVIII). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En Obras completas (Vol. XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En Obras completas (Vol. XXI). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En Obras completas (Vol. XXI). Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1986). El seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis (1959-1960) (J. A. Miller, Ed.). Paidós.
- Lacan, J. (1987). El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964) (J. A. Miller, Ed.). Paidós.